

HERALDO DE MULA

Semanario independiente defensor de los intereses del distrito

SUSCRIPCION
50 CÉNTIMOS AL MES

DIRECTOR
JUAN DEL BAÑO BASTIDA
ANUNCIOS Y COMUNICADOS A PRECIOS CONVENCIONALES

REDACCION Y ADMINISTRACION
SAN MIGUEL, 6

Esta casa está de enhorabuena; la culta escritora señorita Aurora Sánchez Aroca, que tan brillantes campañas viene realizando en diferentes periódicos bajo el pseudónimo de Justa Gracia de la Paz, nos brinda hoy su colaboración y nosotros nos complacemos en nombrarla redactora honoraria de «HERALDO DE MULA».

A continuación, publicamos unas cuartillas que por haber llegado tarde a nuestras manos, no pudimos insertar en el pasado número; con gusto sumo lo hacemos hoy.

GRANADA

Salimos de Murcia; asomados a la ventanilla del tren, admirábamos la frondosa vega, orgullo de los murcianos y de cuya riqueza compite con la de la sierra minera de Cartagena. A la par que el tren, nuestra imaginación corría en alas de su fantasía, hacía aquellos tiempos en que el rebelde don Sancho quisiera hacer de Murcia un instrumento que le ayudara a destronar a su padre, aquel débil rey que si no fué buen gobernante, en cambio dejó su nombre escrito con letras de oro en la historia de la ciencia, sirviendo de gran provecho a la Humanidad, que agradecido a Murcia, le legó sus entrañas por Muy Leal y no haber secundado los deseos del ingrato hijo.

Dejamos atrás Alcantarilla, Totana, y llegamos a Lorca. Al parar el tren en esta estación, se nos representó el emir Ayub Ebb-al Gedar, sobrino del alcaide de Baza, rodeado de sus walíes y arrayaces, dando órdenes a la caballería zenete y a los ballesteros de Baza, para que cayeran sobre las tropas del adelantado de Murcia, que había acudido a detener al emir y a sus

taifas, para que no entraran en la antigua tierra de Todmir.

Allí la tremenda derrota de los murcianos, la cual repercutió en Castilla, sacando del letargo en que constantemente lo tenía sumido don Alvaro de Luna al galante rey don Juan el Segundo, el que mandó al señor de Villandrando, que con sus mesnadas castigase el indomitable orgullo del príncipe sarraceno, quien al poderoso empuje de los castellanos, quedó herido y sus huestes destrozadas y sin aliento, para poner otra vez sus codiciosas miradas sobre las fértiles campiñas regadas por el Tader. No molestamos contando las «peripecias» del trayecto desde Lorca a Granada.

Llegamos por fin a la ciudad morisca, descansamos algunas horas, y nos dirigimos a Santa Fé, pues antes de nada queríamos visitar el antiguo campamento de los sitiadores del último baluarte de los moros españoles y joya la más preciada de la corona de los Reyes Católicos.

Seguimos fantaseando y nos pareció ver en la puerta de su tienda de campaña a la gran Isabel, volviendo la cabeza a un lado con un gesto de horror, al ver a Garcilaso arrodillado a sus pies, presentándole la cabeza de Tarfe, que cual otro Goliath había caído cercenada al certero golpe del David castellano.

La vimos con aquel ademán soberano tan altivo y magestuoso, a la par que magnánimo, en que conciertan todos sus historiadores, ordenar a todos sus guerreros, que en adelante se abstuyesen de cortar la cabeza a ningún vencido.

Después de admirar la población y de llenar nuestra alma con los recuerdos de una época que ni antes ni después ha tenido España, regresamos a Gra-

nada entrando en la capital, por donde la mora Zaida tenía su puesto de buñuelos y a donde llegó el Gran Capitán, burlando la vigilancia de los sectarios de Mahoma, llevándose a la hermosa, para que le hiciese buñuelos a la reina de Castilla.

Seguimos andando y sin darnos cuenta dimos frente a la Catedral, convertida en nuestra imaginación, en la antigua mezquita; por una alucinación de nuestros sentidos, leímos: «¡Ave María!» escrita por la valiente mano de Hernán Pérez del hidalgue solar del Pulgar, y que dió origen a uno de los poemas más hermosos de nuestro Romancero.

Por fin entramos en la Alhambra. No la describiremos; la hemos visto mil veces detallada en nuestra prensa ilustrada; sin embargo mencionaremos lo que más nos impresionó: El patio de los leones, donde se reunieran por última vez los últimos defensores de la histórica ciudad, y que al decir de un historiador, «ellos y su afeminado señor, más ganas tenían de zambras que de tomar la cimitarra».

El sitio donde murieron los últimos abencerrajes, sacrificados a la envidia y temor de su señor natural; el departamento donde todavía se respira cierto ambiente de voluptuosidad que dejara la arrogante burgalesa, que para igualarse con su reina y protectora, se convirtió en sultana cambiando su nombre cristiano de Isabel por el morisco de Sobheya; el paseo favorito de la sultana Aissab, madre de Boabdil, donde predijera a su indolente esposo la ruina de Granada; los baños donde se solazaban las odaliscas lejos de las miradas bestiales de su señor y de la vigilancia de los eunucos; el Genil, el Darro cuyas arenas fueron antaño codicia de mercede-

res tirolese y fenicios; el Generalife, sus cármenes, sus flores, que nos recordaban los pensiles de Asiria...

¡Boabdil, Boabdil, la maldición de tu raza pesará eternamente sobre tí!

Abandonamos todo lo que había sido propiedad de los sultanes granadinos cuando el Angelus sonaba en las iglesias católicas; algunos labriegos, de vuelta del trabajo, con el sombrero en la mano rezaban: ¡Dios te salve María!...

El esquilón de mi aldea daba el alba cuando desperté cantando: ¡Adiós, Granada mía!

AURORA SÁNCHEZ AROCA.

OFRENDA

Srta. Pepita Rubio Medina

Tus ojos, ojos grandes de pasión y tormento brillan con tan lucientes y tan vivos destellos que si por un momento no me mirasen ellos sería una tiniebla para mí el firmamento.

Tus labios que son rojos claveles reventones ofrecen mil promesas de amor y de ventura, tienen de los panales la sabrosa dulzura y parecen un nido fecundo de ilusiones.

Tu voz es argentina, juguetona, riente como el agua que brota de una encantada fuente tu talle, es ondulante como un trigo en flor...

Y en el fondo del pecho, como prenda querida como símbolo eterno del goce de la vida, guardas muy escondido, un tesoro de amor.

MARIANO R. LILLO.

Archivel 1918.

SAN JUAN

Mañana festividad del Precursor del Señor celebran su fiesta onomástica nuestro insigne Diputado Excmo. señor don Juan de la Cierva y Peñafiel e hijo y nuestro muy lustre paisano y respetable amigo el dignísimo Gobernador Civil de Vizcaya don Juan Antonio Perea y Martínez.

A las muchas felicitaciones y